

ASAMBLEA PLENARIA DEL CELAM
CONFERENCIA

Proyección del CELAM a la luz del Magisterio del papa Francisco

Queridos hermanos:

Es un honor y una gracia para mí poder acompañarlos en un momento muy significativo de la vida del CELAM, o sea en esta asamblea electiva y de definición de las orientaciones para el período 2015-2019, que será determinante para el próximo futuro en la vida de la Iglesia latinoamericana y caribeña. Les agradezco la amable invitación y saludo muy cordialmente a cada uno de ustedes y, por vuestro intermedio, a sus conferencias episcopales e Iglesias respectivas. Siento un cariño especial por la Iglesia de este continente por un motivo muy personal. En los años setenta, en medio a la crisis post-conciliar, que se sufrió por doquier y que fue muy radical en mi país, yo fui enviado a trabajar en la formación sacerdotal en Colombia y esta experiencia fue decisiva para mi propia formación y crecimiento personal. Doy gracias a Dios por el testimonio recibido entonces, y pido hoy al Espíritu Santo un don particular de discernimiento y compromiso renovado para cada uno de ustedes y para el CELAM como organismo eclesial al servicio de las Conferencias episcopales del Continente.

Toda proyección del CELAM tiene que quedar encaminada por los senderos indicados por sus Estatutos cuando definen su razón de ser y su misión, afirmando que se trata de “un organismo de comunión, reflexión, colaboración y servicio (...), como signo e instrumento de afecto colegial, en perfecta comunión con la Iglesia universal y con su Cabeza visible, el Romano Pontífice, cuyo servicio fundamental es de “animación y ayuda a la reflexión y acción pastoral de la Iglesia en América Latina y el Caribe”. Esa “perfecta comunión con el Romano Pontífice” ha llevado a la Presidencia del CELAM a pedirme una reflexión sobre el futuro del CELAM a la luz del magisterio del papa Francisco. Y éste es un tema nuevo y apasionante desde muchos puntos de vista. Primero, porque estamos ante el hecho inédito del primer Papa en la historia de

la Iglesia que viene de América Latina. Segundo, porque el papa Francisco ha surgido desde el propio episcopado latinoamericano. Tercero, porque Ustedes lo conocen bien por haber compartido con él los trabajos en Asambleas y encuentros del CELAM y, sobre todo, en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Aparecida. El pontificado del papa Francisco es un acontecimiento de muy profundas implicaciones, significaciones y repercusiones en toda América Latina, en todas las comunidades cristianas del continente. La Providencia de Dios pone a la Iglesia, a los pueblos y naciones de América Latina en una situación muy singular, motivo sí de alegría pero también de nuevas exigencias y graves responsabilidades. Sobre todo, es tema nuevo y apasionante por la novedad de la figura del nuevo pontífice y del rumbo que propone a toda la Iglesia desde su elección a la cátedra del Sucesor de Pedro. Todo ello nos invita a reflexionar a fondo y a sacar indicaciones y conclusiones relativas a la tarea de comunión y servicio que se le requiere al CELAM.

Yo podría limitarme a resumir lo esencial de su exhortación apostólica programática “*Evangelii Gaudium*”, ya que él mismo la propone como directiva para el camino de la Iglesia en los próximos años. Además, esta exhortación tienen muchos vasos comunicantes con el documento de Aparecida. No ignoro todo esto, pero lo incluyo dentro de mi observación cercana, por experiencia directa de colaboración, de las palabras, gestos y enseñanzas del papa Francisco, para tratar de encarnar mejor aún su mensaje fundamental y para que éste resulte siempre iluminante del camino del CELAM en los próximos años.

Pienso desarrollar una primera parte (A) en tres puntos que pretenden describir el magisterio del papa Francisco. Diría que es, ante todo, un magisterio evangelizador (I), luego que es un magisterio de reforma (II) y por ende un magisterio pastoral planetario (III). La segunda parte (B) quiere plantear preguntas y sugerir algunas orientaciones para el CELAM, las conferencias episcopales y para cada obispo en el continente latinoamericano y caribeño. En fin, una última parte (C) quisiera, desde la CAL, proyectar algunas pautas para estrechar aún más la colaboración entre la Curia romana y las estructuras del CELAM en busca de una comunión orgánica, fluida y fecunda entre las Iglesias particulares y el ministerio petrino, con miras quizás a dar un ejemplo útil a otros continentes.

A) UNA MIRADA AL MAGISTERIO DE PAPA FRANCISCO

I – Un magisterio evangelizador

Desde sus primeros gestos y palabras, Papa Francisco puso su pontificado bajo el signo de la misericordia divina. “Éste es el gran tiempo de la misericordia. No lo olviden: éste es el gran tiempo de la misericordia”, exclamaba en su primer Angelus dominical (12.VI.2013). “Insisto una vez más - escribe en la Evangelii Gaudium n. 3: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia”. Y ahora ya estamos en vísperas del Jubileo de la misericordia, cuya Bula pontificia nos sumerge de lleno en este gran misterio del ser de Dios, de su inaudito amor por todos los hombres, de su don de salvación.

El Papa nos invita a concentrarnos siempre en lo esencial del Evangelio, sin dispersarnos en cuestiones secundarias. Siempre hay que volver, una y otra vez, al núcleo central, fundamental e irradiante de la novedad cristiana. Pues bien, el Evangelio consiste fundamentalmente en el anuncio del perdón de los pecados y, por consiguiente, el anuncio de la Alianza lograda y fecunda entre Dios y su pueblo. Misericordia y gozo pascual van de la mano y coinciden en la proclamación de la resurrección del Señor. El primer significado de la resurrección es la victoria del amor sobre el pecado y la muerte. La resurrección de Cristo significa la absolución del pecado del mundo, o sea, la alegría de ser personados y salvados. En la predicación de Papa Francisco, los temas del Dios misericordioso, de la encarnación, muerte y resurrección de su Hijo, del don de su Espíritu como caridad, compasión y ternura por los necesitados -¡que somos todos!- se entrecruzan y complementan.

El Papa anuncia la buena noticia a los pobres, dándoles prioridad no solo en su amor preferencial y en su cuidado solidario, sino también en su visión teológico-pastoral. Poniendo a los pobres al centro de la atención, el Papa encarna la caridad de la Iglesia, o sea, el testimonio más evidente que Dios es Amor, llamando a todos los discípulos de Cristo a demostrar con gestos

concretos y palabras creíbles este evangelio. Nada mejor para renovar la Iglesia que ponerse “en salida” hacia los necesitados y desvalidos, a los heridos en el cuerpo y en el alma, no una o dos veces, no solo con un programa bien articulado, sino de un modo paradigmático, haciendo de esta actitud la base de la conversión misionera de la Iglesia.

Me atrevo aquí a confiarles una confidencia personal. En años anteriores recuerdo muchos discursos sobre nueva evangelización que no lograban enganchar con la vida real de la gente. Se tomaba de algún modo el kerygma por algo adquirido y uno hablaba de catequesis o insistía sobre sus consecuencias morales y sociales. Faltaba la insistencia constante de Francisco sobre la misericordia, la ternura de Dios, la confianza sin límites en su bondad. No hay tema más recurrente que éste, que culmina ahora con el Año jubilar de la misericordia, una novedad absoluta en la historia de la Iglesia.

Preparémonos a confesar! En estas tierras latinoamericanas la confesión sigue bastante frecuentada, gracias a Dios, a pesar de altibajos regionales. Incluso hay muchos índices que está siendo más practicada en estos años del pontificado del papa Francisco. Sin embargo, es a menudo un ejercicio individualista donde falta la dimensión eclesial, un tipo de lavatorio de purificación para poder recibir la comunión, el don de reconocerse pecadores mendicantes de la gracia del perdón para poder vivir más plenamente el misterio de la comunión con Dios y los hermanos. Necesitamos una visión radical y muy amplia de la misericordia, que quede toda iluminada por la cristología, es decir, por el misterio pascual de Cristo.

Cristo es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo, cargándolo en la Cruz y obteniendo así la absolución del Padre para toda la humanidad. La resurrección es la absolución del pecado del mundo. La misión de la Iglesia es proclamar esta verdad universal y pedir a los cristianos que se confiesen para dar al mundo el testimonio concreto de que hay una remisión de los pecados, que el mal no tiene la última palabra, que la muerte ha sido vencida, que el hombre viejo deja paso al hombre nuevo... y que nosotros somos alegres testigos de esta verdad, que es, a la vez, novedad de vida, de vida en abundancia,

esperanza cierta de vida eterna. En otras palabras, la confesión sacramental no es sólo un medio para ponerse en regla con Dios. Es un acto eclesial. Es un modo de participar en la gracia y en el anuncio de la misericordia divina que cambia la vida y la llena de alegría, esperanza y paz. ¡Preparémonos nosotros y preparemos a nuestros sacerdotes a ser ministros de la misericordia, esperando confiados en los confesionarios!

Papa Francisco nos está empujando en esta dirección, deseando que toda la Iglesia se vuelva evangelizadora, que no nos quedemos en la espera pasiva en nuestros templos sino que salgamos en todas las direcciones, a todas las periferias geográficas, sociales y existenciales, para ir al encuentro de las personas y de las familias, compartiendo con ellos el Evangelio de la misericordia, razón de nuestra esperanza. Papa Francisco nos quiere misioneros “ad gentes”, con una pasión por comunicar el Evangelio en cuanto “desborde de gratitud y alegría” (como lo dice en forma tan bella y expresiva el documento de Aparecida). El pontificado del papa Francisco despliega un corazón misionero y misericordioso, especialmente hacia los alejados de la Iglesia: centrados en Cristo pero descentrados para la misión. Con la doble convicción de que, por una parte, el Espíritu Santo nos antecede siempre en el corazón de las personas y en la cultura de los pueblos, preparando los caminos al Señor, y que, por otra parte, el corazón de la persona – a imagen y semejanza de Dios – anhela verdad y amor, perdón y reconciliación, felicidad y justicia que sólo Cristo puede dar en plenitud. Estamos convocados a una fiesta de la misericordia, donde todos somos beneficiarios y heraldos de la más profunda experiencia de Dios.

II – Un Magisterio de reforma de la Iglesia

El Magisterio de Papa Francisco es también de reforma de la Iglesia: reforma en las estructuras, reforma en las actitudes y virtudes, pero sobre todo reforma espiritual. Mucha atención se presta a la reforma de las estructuras de la Iglesia, que ciertamente el papa Francisco ha emprendido con libertad y determinación, pero con la viva conciencia de la prioridad de una reforma espiritual que vaya suscitando actitudes y comportamientos virtuosos, marcados por el Evangelio.

Toda reforma comienza con gente de rodillas, repite con frecuencia -. En efecto, “sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga, escribe en la “Evangelii Gaudium”, n. 262). Y a los Obispos italianos, pero lo podemos aplicar a cada uno de nosotros, decía: “Hermanos, si nos alejamos de Jesucristo, si el encuentro con Él pierde frescura, terminamos por tocar con mano la esterilidad de nuestras palabras e iniciativas” (19 de mayo de 2014). Son los santos los más auténticos y fecundos reformadores.

Por cierto, en la boca de Papa Francisco una reforma espiritual no es sinónimo de pietismo espiritualizante, sino más bien de conversión personal, pastoral y misionera. Hay unas páginas muy tajantes y críticas en la Exhortación « Evangelii Gaudium » que se refieren a ciertas actitudes farisaicas de los agentes pastorales, que se disfrazan de piedad impecable e implacable, pero que expresan una detestable mundanidad espiritual (EG 93-96). « ¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales » (N. 97). La Iglesia sólo zafa de esta tentación de soberbia autosuficiencia, con la trascendencia hacia Dios y con la trascendencia de su misión y servicio a su pueblo.

Muchas veces las duras interpelaciones que nos dirige el papa Francisco son como para desestabilizar a los cristianos de su tendencia a vivir según una lógica mundana, apegados a los ídolos del poder y la riqueza. Pretender reformar las estructuras de la Iglesia sin corrientes vivas y pujantes de reforma espiritual, o incluso intentar hacerlo desde lógicas mundanas, no hace más que atentar contra su ser y misión. El mejor camino para la reforma de la Iglesia que el papa Francisco nos propone es, por una parte, el de la adoración – « ¡recuperar el espíritu contemplativo! » y, por otra, el de la salida misionera por desborde de gratitud y alegría (como decíamos).

La fuerza y credibilidad de Francisco estriba de su coherencia entre palabra y gesto, el gesto que aún precede la palabra. Al papa le gusta repetir aquello que respondía la Madre Teresa a un periodista que le preguntaba ansioso por donde comenzarían las grandes reformas de la Iglesia: “¡pues por ti y por mi! La

reforma de la Iglesia empieza con la reforma del papado, nos dice, recordando la invitación de San Juan Pablo II a las Iglesias y comunidades cristianas de otras confesiones a decirle como el Papa podría ejercer su ministerio de unidad de una manera más aceptable para todos (cfr. E.G., n.32). En el contexto de la reforma de la Curia romana, el Papa hizo algunas intervenciones bastante clamorosas, denunciando defectos y actitudes típicas de la vida eclesiástica: la ambición, el carrerismo, los chismes, la corrupción, etc. Sabemos cómo los medios de comunicación se concentran en ello y lo destacan más allá del alcance del discurso. Son defectos que se sufren también en las Iglesias locales. No es intención del Papa condenar y “pegar”, sino invitar a la conversión.

Lo importante es que si el Papa mismo afronta “la conversión del papado”, cuando nos invita a una “conversión pastoral” no podemos sólo desviar esta invitación hacia una conversión de las estructuras eclesiásticas. Conversión pastoral quiere decir, ante todo, conversión de los Pastores, de los Obispos y de sus colaboradores en el ministerio pastoral. No podemos seguir haciendo lo mismo de lo mismo sin tener en cuenta las “sorpresas del Espíritu” que se manifiestan en este tiempo eclesial. Estamos todos llamados a una profunda revisión de vida sobre nuestro testimonio y nuestro modo de ejercitar el ministerio episcopal. El papa nos está mostrando con su ejemplo y nos está enseñando con sus palabras lo que espera de los Pastores. Quiere que seamos los primeros que hagamos sentir en nuestro estilo de vida y de ministerio, el perfume de Cristo y el olor a ovejas, la familiaridad con el Señor y la cercanía misericordiosa y llena de ternura a nuestra gente, el caminar delante, en medio y detrás del propio pueblo marcando el rumbo y la meta de ese camino, testigos de una comunión que se vierte en la misión, acogiendo a todos en la caridad y solidarizándose con los que cargan con pobreza y sufrimientos.

Esta reforma espiritual, pastoral y misionera animará todo lo que sea considerado necesario y oportuno en la reforma de estructuras de la Iglesia para que no se conviertan en barreras opacas a su testimonio ni terminen corrompiéndose. Sin duda, el papa proseguirá, sin ansiedades desmanteladoras, la reforma de las estructuras de la Curia Romana, así como la reforma de los estatutos de las Conferencias episcopales y otras reformas de estructuras de las

Iglesias locales, para que irradian en modo más transparente la presencia de Jesucristo, del que la Iglesia es su Cuerpo en medio de la historia humana.

III – Un Magisterio pastoral planetario

Sorprende la audiencia que ha adquirido desde el primer momento el pontificado del papa Francisco. Desde un primer momento ha intentado llegar al corazón de las personas que tenía delante, movido por inspiración del Espíritu Santo, por su experiencia pastoral y por su temperamento personal. Ha ido resquebrajando muros de resistencias y prejuicios en muchos, incluso para quienes pensaban que su relación con la fe y la Iglesia estaba ya concluida y clausurada; ha suscitado preguntas y expectativas en muchos otros, incluso alejados de la Iglesia; ha ayudado a provocar conversiones; ha atraídos a la Iglesia muchos que se consideraban distantes; ha despertado a muchos cristianos adormecidos; ha hecho reflorar una conciencia de dignidad y belleza del confesarse católicos.

Las audiencias de los miércoles y el rezo del Angelus en plaza de San Pedro siguen convocando multitudes pocas veces vistas. Sus viajes apostólicos han visto la impresionante acogida y atención que le han prestado los pueblos (¡y los jóvenes en Río de Janeiro!). Los pueblos se han sentido abrazados por la caridad de la Iglesia. El Papa muestra y pide una renovada audacia para anunciar el Evangelio a todas las naciones.

Los libros sobre el pontificado se multiplican y no faltan espacios en todos los medios periodísticos que estén dedicados al Papa. Su presencia se ha impuesto en las redes sociales. Se tiene la sensación que hay mucha más gente que sigue con atención sus homilías y sus gestos.

Cierto que tanta popularidad tiene sus costos. Hay minorías recalcitrantes, ultraconservadoras, que todo lo juzgan con prejuicios críticos y amargos. Hay también poderes mediáticos y ambientes eclesiales que buscan difundir una imagen de un pontificado de tendencia progresista liberal, a propio uso y consumo. Ambos apuestan vanamente a que el papa cambie las enseñanzas

doctrinales y morales de la Iglesia, contraponiendo Francisco a sus antecesores. Hay que estar vigilantes ante estas formas de falsificación de la imagen del Papa.

El pontificado de Francesco está mostrando, además, como la buena noticia del Evangelio abraza todas las dimensiones de lo humano. Nada deja indiferente. La dimensión social de la evangelización ocupa un lugar destacado en el pensamiento y la acción del Santo Padre. Es una preocupación constante que anima sus discursos sobre la dignidad de la persona, la importancia del trabajo, la denuncia de la corrupción y del comercio de armas y drogas, la trata de seres humanos, la solidaridad con migrantes y refugiados, la compañía a los enfermos y discapacitados, el reclamo de un orden mundial más justo, la acción diplomática en favor de la paz y de la reconciliación entre las naciones. Ustedes son testigos de su acción para tender puentes y favorecer una cultura del encuentro, como en el caso del acercamiento y negociaciones entre Cuba y Estados Unidos. Todo eso proyecta su ministerio pastoral a nivel planetario, logrando una audiencia extraordinaria en favor de la justicia, del dialogo y de la paz.

B)- RETOS PARA EL CELAM Y LAS IGLESIAS DEL CONTINENTE

No hay duda que vivimos tiempos difíciles pero entusiasmantes. Tiempos difíciles por una coyuntura internacional en la que abundan una multiplicidad de conflictos, guerras y violencias, donde continúa a profundizarse el foso que separa minorías opulentas de los pueblos del hambre y la miseria, donde los cristianos sufren marginalización y abierta persecución en muchas partes del planeta. Tiempos entusiasmantes, porque la luz del Magisterio pontificio nos vuelve a concentrar sobre la misión evangelizadora de la Iglesia con audacia y alegría, con la convicción que el Evangelio de Cristo es la respuesta a los grandes interrogantes y anhelos que surgen de la aventura humana, rompiendo las capas de la banalización, manipulación y distracción. Está siendo alimentada nuestra esperanza cuando reinan tantos motivos humanos de desesperanza y temor, de malestar y depresión.

En este contexto. América Latina tiene una responsabilidad histórica por ser el único continente globalmente y abiertamente cristiano, católico. Sabemos sí de las tendencias a la secularización que operan en América Latina y de las migraciones religiosas hacia otras confesiones y comunidades cristianas. Sin embargo, ¡cómo no dar gracias y alabar a Dios, como lo han hecho los Obispos en Aparecida, por el bautismo todavía generalizado de sus gentes, por su sustrato cultural católico, por la riqueza arraigada de la religiosidad popular, por la vitalidad de sus comunidades cristianas, por el gradual despliegue de la misión continental! Los números no lo dicen todo, por cierto, pero pesan y nos dicen que casi la mitad de los católicos de todo el planeta viven en tierras latinoamericanas y que los hispanos en los Estados Unidos serán dentro de unos 5 años la mitad de los católicos de los Estados Unidos (en un país, agregó, donde el catolicismo manifiesta gran vitalidad). ¡Cuidemos que ese patrimonio no quede disperso!

Fíjense ustedes que el continente europeo ya no se define a partir de su herencia cristiana sino más bien desde una laicidad con tinta de laicismo anticristiano, incluso a veces con odio visceral respecto a la propia tradición. El papa quiere renovar “inversiones” cristianas en Asia, polo gigantesco del desarrollo mundial, y ciertamente aprecia que, no obstante su vida tumultuosa, el porcentaje de católicos crece con mucho vigor en Africa, mientras que no hay que permitir que el Medio Oriente quede vedado para una presencia cristiana.

No obstante todos los problemas de América Latina, que carga con desigualdades estridentes, violencias desatadas, tentaciones autocráticas, de este continente quiso la Providencia de Dios que fuera escogido el sucesor de Pedro. No ha sido ajeno a ello la fase de serena comunión y de fuerte impulso misionero, o sea en una fase de madurez de la Iglesia, que tuvo su paso y signo elocuente en Aparecida. Más que nunca estamos llamados a un salto de calidad en cuanto al testimonio cristiano. Más que nunca estamos llamados a compartir el Evangelio casa por casa, de persona en persona, de familia en familia, de comunidad en comunidad. Más que nunca urge formar nuevas generaciones de laicos católicos que abran caminos al Evangelio en la vida política, económica, social y cultural del continente, en pos de nuevos modelos de desarrollo integral

y solidario. Más que nunca hay que ir construyendo una cultura del encuentro, sumando y no dividiendo y contraponiendo. Más que nunca se necesita fortalecer la identidad y bregar por la unidad de América Latina desde su originalidad cristiana, así como una mayor comunión y colaboración entre las Iglesias de todo el continente americano y una mayor solidaridad entre sus pueblos.

Recuerdo mucho la peregrinación a Nuestra Señora de Guadalupe que fue promovida en noviembre 2013 al concluir el Año de la Fe. Nunca sentí con tanta claridad y urgencia el llamado a la unidad en torno a la figura de María, clave histórica, teológica y pastoral de la primera y de la nueva evangelización. Me atrevo a sugerir al CELAM de cuidar este precioso patrimonio de los pueblos y de la Iglesia para enraizar aún más la piedad mariana popular en una visión eclesiológica adecuada, superando toda tentación a exaltarla y aislarla y la tendencia a despreciarla y reducirla. Una eclesiología adecuada coloca a María dentro de la Iglesia, pero como un miembro eminente, cuya presencia e intercesión maternas garantiza la fidelidad de todo el pueblo de los bautizados en Cristo.

La figura del Papa Francisco es como tal un reto para cada obispo llamado a encarnar la conversión misionera de toda la Iglesia. Francisco, siendo jesuita, es misionero por carisma, él lo es además como sucesor de Pedro, con celo paulino y devoción mariana, con lenguaje sencillo y a veces crudo, siempre interpelante en vista de la conversión. ¿Qué tipo de misionero somos nosotros? Si no lo somos por carisma religioso específico, lo somos por misión apostólica, en comunión los unos con los otros. Desde el CELAM, ¿cómo ayudar a las conferencias episcopales y a los obispos a ser no sólo buenos programadores de la misión sino ante todo testigos y paradigmas de una conversión misionera? Francisco sabe combinar varios talentos personales o talentos de colaboradores al servicio de la misión. Sin embargo, su secreto no es el talento, la inteligencia, el sentido político. Su secreto es la actitud espiritual de disponibilidad al Espíritu Santo y un arte del discernimiento de las personas y los procesos, que identifica problemas y soluciones pero también estrategias y caminos pastorales. ¿Cómo facilitar el aprendizaje de este arte del discernimiento a nivel local, nacional y continental? La Exhortación apostólica « Evangelii Gaudium

» nos anima a discernir los signos de los tiempos desde las culturas y desde la luz de la Palabra de Dios. La Congregación para los Obispos ha tomado una iniciativa en este sentido, convocando a los obispos de cinco años de ministerio episcopal a unas tres semanas de formación permanente, incluyendo una semana para compartir experiencias pastorales y dos semanas de ejercicios espirituales ignacianos con miras a cultivar el discernimiento espiritual.

Tres prioridades resaltan de las orientaciones del Pontífice. Ya me he referido a dos de ellos: la misericordia y los pobres. Pero el tercer tema fundamental y tan actual en el camino sinodal de la Iglesia es el de la familia. Falta mucho todavía para que la herencia de San Juan Pablo II tenga una proyección pastoral adecuada. Falta una valorización y promoción de la vocación cristiana al matrimonio sacramental, fuente de gracia olvidada, subdesarrollada, con graves consecuencias para la estabilidad de la familia, y el testimonio evangélico de las comunidades cristianas. Ojalá tengamos del próximo sínodo una visión positiva y propositiva del potencial evangelizador del amor humano vivido como encuentro con Cristo en el matrimonio y la familia. Es tema de fuerte proyección a largo plazo, ya que una movilización de familias evangelizadas es el mejor recurso para llevar adelante la misión evangelizadora. ¿Cómo proyectar estas prioridades a nivel continental, enriqueciendo el impulso de la misión continental ya en curso?

C)- PERSPECTIVAS DE COMUNION EVANGELIZADORA

Recuerdo que el Cardenal Eduardo Pironio que, entre otras cosas fue Presidente del CELAM, llamaba siempre a la Iglesia “misterio de comunión misionera”. De tal modo sintetizaba la renovada autoconciencia de la Iglesia desde las enseñanzas del Concilio Vaticano II (de las que, a los 50 años de su conclusión, habrá que volver a divulgar para la formación cristiana de las nuevas generaciones). Esa eclesiología de comunión ha estado en el corazón del camino sinodal de la Iglesia y en las Exhortaciones apostólicas resultantes. Es el misterio de la comunión de la Iglesia -¡su milagro, su belleza!- que es fuente, testimonio e ímpetu de toda misión evangelizadora. Ésta es una responsabilidad primordial de los Obispos, de los Episcopados, del CELAM, en cuanto testigos

de ese misterio de comunión y constructores de la comunión en las comunidades cristianas.

Ahora bien, se sabe que el Papa Francisco advierte la necesidad de cierta descentralización institucional (cfr. EG 16,32) y manifiesta espontáneamente su apoyo a las iniciativas de las conferencias episcopales en este sentido. La valorización y revisión que está haciendo del Sínodo de los Obispos, la integración del grupo de nueve cardenales para ayudarlo en la reforma de la Curia Romana, la disponibilidad y prontitud con las que acoge a los Obispos que llegan a Roma son expresiones importantes que indican una voluntad concreta de colegialidad y participación. La descentralización institucional a la que me he referido será ciertamente objeto de estudios y de eventual reformulación de estatutos de las conferencias episcopales, que podrán adquirir atribuciones que hasta ahora estaban reservadas al gobierno central de la Iglesia. A la vez, ello ha de ir conjuntamente con la debida valorización de cada Iglesia local, bajo su propio Pastor, institución de derecho divino como ustedes saben bien, que no tiene que ser ofuscada por la Conferencia episcopal y sus diversas comisiones. Es bueno, pues, que el CELAM no haya nunca pretendido constituirse como “superestructura” intermedia entre la Santa Sede y las Conferencias episcopales e Iglesias locales, sino como servicio de comunión llamado a valorizar la mayor participación posible y la diversificada riqueza resultante de Iglesias locales y Conferencias episcopales. A la vez, ha dado una contribución fundamental para ayudar a proyectar una conciencia eclesial y una colaboración entre las Iglesias más allá de los “cielos” culturales, políticos y eclesiásticos de las fronteras diocesanas y nacionales. En ese sentido, señalo la importancia de que esta comunión se exprese en formas de especial cercanía y compañía, sostén y aliento, respecto de aquellas Iglesias hermanas que sufren situaciones de calamidades naturales o sociales, o que se encuentran ante amenazas a su libertad. Agregó, además, que esa comunión y colaboración entre las Iglesias requiere más generosa disponibilidad de Iglesias locales y regiones eclesiásticas que cuentan con muchos sacerdotes y la gracia de muchas vocaciones al sacerdocio con otras jurisdicciones eclesiásticas más desertificadas al respecto. Allí están, por ejemplo, los Vicariatos apostólicos en varios países de América Latina, enormes zonas de dispersas poblaciones campesino-indígenas, en general sumidas en la pobreza, a veces con la violencia del narcotráfico y guerrillas, casi siempre en cierto abandono pastoral.

Esta actitud de mayor autonomía y participación es prometedora y constructiva pero llama también a todos a una mayor responsabilidad para asegurar una comunión profunda e inquebrantable entre todos los episcopados y la sede de Pedro. Los sentimientos de comunión afectiva y efectiva con la sede de Pedro, gracias a Dios, han sido siempre muy fuertes en la Iglesia de América Latina. Sin embargo, diría que la situación actual requiere una más consciente y generosa participación de la Iglesia en América Latina con la solicitud apostólica universal, en comunión y colaboración con el pontificado del papa Francisco. Los próximos viajes apostólicos del papa a estas tierras servirán para afirmarlo y alentarlos. El cuidado por asegurar una cada vez más consistente y fecunda contribución de los Episcopados de América Latina y el Caribe en las Asambleas del Sínodo de los Obispos será también cuestión muy importante. Son de apreciar y continuar las visitas anuales de la Presidencia del CELAM al Santo Padre y a los dicasterios de la Curia Romana. Y creo que asimismo es muy oportuno y conveniente proseguir e intensificar una relación de colaboración entre las Secciones del CELAM y el Centro Bíblico-Teológico-Pastoral de América Latina con los dicasterios competentes de la Santa Sede. En esta perspectiva confirmo la plena disponibilidad de la Pontificia Comisión para América Latina para colaborar con el CELAM en todo lo que sea necesario, incluso desarrollando programas comunes y convocando conjuntamente para iniciativas y congresos. Quizás lo que más esté faltando en esa conciencia y contribución de la Iglesia latinoamericana respecto de la solicitud apostólica universal es un mayor compromiso misionero “ad gentes”, más allá de las fronteras del propio continente. No ignoro que no faltan sacerdotes y comunidades de América Latina que colaboran con las Iglesias de Estados Unidos y Canadá, con varias Iglesias europeas, en modos quizás algo preferenciales y dispersos, pero falta una mayor salida misionera que vaya hacia el Asia y el África – cosa que implica mayor espíritu de entrega sacrificada, de pasión misionera y de preparación -, continentes con los cuales, por otra parte, América Latina ha intensificado sus vínculos políticos y comerciales.

El papa Francisco espera mucho de la Iglesia en América en este tiempo difícil pero entusiasmante de la catolicidad.

Bendigamos al Señor con alegría en esta hora de la Iglesia, porque su infinita misericordia nos regala nueva vida y esperanza, llamándonos más que nunca a la misión.

Cardenal Marc Ouellet
Presidente de la Congregación para los Obispos y de la Pontificia Comisión
para América Latina

13 de mayo del 2015